

[33]

El continente no ha logrado entender lo que significa la insularidad

Mi nombre es Jaime Eduardo Valderrama Ochoa y actualmente dirijo la Fundación Arboles y Arrecifes (Trees & Reefs) de Providencia y Santa Catalina. En la fundación fuimos de los primeros en oponernos a dos megaproyectos, el centro internacional de Buceo –que se iba a construir en South West Bay– y el Mount Sinai–en el sector de Mountain. Promovimos la realización del plan de desarrollo y el plan de ordenamiento territorial de la isla, adelantamos el programa democracia y construcción de sociedad en el que, mediante talleres, pusimos la Constitución al alcance y conocimiento de los pobladores, y ahora estamos impulsando planes de conservación ecológica. Pero la lucha por los recursos nos tiene al borde de la desaparición.

A principios de 1992, cuatro personas: Richard Hawkins, Sandra Gómez, Domingo Sánchez y Edgar Collazos, le dieron origen a la Fundación con el apoyo de la FES, quien se constituyó en la organización nodriza de ésta. Un año después, la FES insinuó que se debía ampliar el grupo. Así se hizo, y nació Arboles y Arrecifes. El primer director ejecutivo fue Edgar Collazos, quien trabajó por espacio de un año. Posterior a su renuncia fui elegido como director ejecutivo hasta hoy día, septiembre de 2001.

Trees & Reefs

En la fundación somos trece miembros activos, entre residentes y raíces, y hemos acordado funcionar sobre tres principios: uno, conservar, mantener y preservar la paz social, procurando la equidad, la justicia, el respeto, la tolerancia, el

diálogo y la convivencia amable de todos sin sacrificar este valor ante ningún otro bien. Esto quiere decir que puede haber propuestas de tipo económico, que es un bien, pero que si éstas llevan de alguna manera un riesgo para la paz social, no le apostamos. Para nosotros es claro que la paz social se inscribe como el mayor bien; es el patrimonio, el máximo bien con el que contamos y debemos seguir contando. La paz no se puede sacrificar ante ningún otro bien.

Segundo principio: colocar a la vieja Providencia y Santa Catalina por encima de cualquier diferencia entre los miembros de la organización, ya sea esta racial, religiosa, étnica o de partido político. Este ha sido otro principio clave, que ha permitido que en esta organización quepamos los trece miembros. Hay negros, blancos, raíces de San Andrés radicados aquí, raíces de aquí, hay continentales residentes, hay una persona que es residente y de origen americano. Mejor dicho, tenemos casi toda la gama de lo que existe en este territorio. Hay bautistas, adventistas, católicos y otros tal vez sin credo definido, hay de los distintos partidos que han venido turnándose la alcaldía. Eso también ha permitido que pasemos de una alcaldía a otra sin ahogarnos en el tema partidista que en ocasiones ha sido supremamente conflictivo y violento en el territorio. Ese principio ha sido fundamental.

Y, tercero: poner el bien común siempre por encima del bien particular de los miembros que conformamos la organización, tomando decisiones que beneficien a la mayoría, al colectivo, a la

comunidad insular en general, y no a unos pocos miembros en particular, como por ejemplo, encontrarles alternativas laborales o formular proyectos para que empleen una, dos o tres personas de quienes integramos la fundación.

Esos principios nos han permitido mantenernos vivos hasta ahora. Si no, ya nos hubiéramos agotado en cualquiera de esas contradicciones: o por asuntos de pañas y raízales, o por asuntos politiqueros, o por el deseo de ofrecerle empleo a alguien en un sitio en el que no hay empleo. Fue muy acertado definir esos principios desde el comienzo.

Las primeras batallas

Cuando se creó la Fundación ya se veían venir amenazas fuertes sobre el territorio de Providencia y Santa Catalina, básicamente a raíz de las primeras propuestas de grandes desarrollos turísticos, –lo que después llamaríamos los mega-proyectos hoteleros. Estábamos por entonces en conversaciones con el promotor del proyecto de un centro internacional del buceo para Sur Oeste. El nos había invitado a participar en el mismo. Debíamos encargarnos de construir las bases, la infraestructura, que consistía en colocar unos pilotes sobre los cuales irían luego los prefabricados que llegarían de Estados Unidos. Los prefabricados ya estaban contratados, debían llegar por barco por la vía Sur Oeste y los bajarían en contenedores mediante grúas y rieles. Luego unos técnicos americanos montarían los prefabricados sobre los pilotes.

Sin embargo, cuando el promotor del proyecto nos lo presentó descubrimos que no era, como se había creído, producto de una política Conpes para el desarrollo turístico de la región. Más bien, su gestor lo hacía aparecer así para darle fuerza a su propuesta. Lo único oficial era una vinculación de la Corporación Nacional Turismo a su proyecto con un lote de su propiedad situado en South West Bay y contiguo o muy próximo al suyo.

El proyecto completo abarcaba una franja larga, que comenzaba desde la playa y debía extenderse hacia arriba cruzando la carretera. Pero el Sur Oeste de la isla tiene una serie de propietarios

que poseen franjas muy estrechas –tiritas, tiritas y tiritas–, muchas de ellas en el manglar. El promotor de la idea se dio cuenta que iba a ser imposible desarrollar nada donde había manglar y entonces decidió asociar a todos esos propietarios y decirles: vamos a hacer una cosa, yo tengo un terreno que tiene una parte consolidada en el área y se prolonga de la carretera hacia arriba; yo pongo mi terreno y ustedes ponen los de ustedes. De ese modo, armó su propuesta, muy inteligente, muy bien pensada, con todo el apoyo de los propietarios, que seguramente no tenían cómo adelantar desarrollos allí y que entraron a respaldar su proyecto.

César Gaviria era presidente y le había prometido al dueño del proyecto que el vendría a inaugurar el centro internacional porque le gustaba el buceo. En el viceministerio de desarrollo fue cuando la propuesta del inversionista cuajó y tomó forma. Cuando nos la explicó empezamos a descubrir que era el quien la había elaborado, que no era realmente una propuesta del gobierno, ni del Estado, ni del Conpes. Entonces, le hicimos una pregunta clave, que tal vez definió la no participación de Aída Luz, mi hermano Guillermo Arturo y la mía. Se le preguntó: ¿Qué información tiene el gobernador, la alcaldía en Providencia o la gente de la localidad acerca del proyecto? En ese momento el gobernador era Simón González. Y el señor dijo: eso no se avisa. Es como a la novia: no hay que pedirle permiso para darle un beso, hay que dárselo.

Cuando vimos esa actitud nos disculpamos diciendo que teníamos otros contratos y otros compromisos. Entonces entendimos el peligro que ese proyecto podía representar para Providencia. Por una parte, porque nadie en el territorio conocía de este proyecto. Efectivamente se iba a realizar, ya estaba todo calculado, presupuestado y contratado, y aquí no se tenía conocimiento. Nos pareció peligroso. Llamamos entonces a Richard Hawkins, que tiene un Kiosco allá en la playa, y le dijimos: Richard, detrás de ti viene una cosa muy grande. ¿Cómo así? Le dije: sí, detrás de ti viene esta propuesta. No, esto no puede ser... Así empezó a crearse una expectativa frente a lo que venía. Llamamos al alcalde electo y todavía no posesionado, Alexander Henry Livingston, para notificarle al respecto. Se hizo una reunión entre

Sandra Gómez, Richard Hawkins, mi hermano Guillermo Arturo y Alexander Henry, y se le preguntó si el sabía algo acerca del proyecto, y respondió que no. Entonces se le dijo: esto es muy riesgoso, tiene que darse cuenta de la magnitud del fenómeno.

Seguimos trabajando, pensando que el alcalde iba a tener que enfrentar una dificultad muy grande, porque lo que venía era un grupo de poder y ese grupo iba a ejercer tanta presión, que al alcalde le iba a resultar muy difícil resistir si no tenía ayuda. Por nuestra cuenta, Sandra, Richard, Aída Luz, mi hermano y yo seguimos trabajando. Después se nos unió Amparo Pontom y su compañero Olivier, Josefina Huffington y otras personas como Olmo Cardoso y Elizabeth Taylor, quienes también empezaron a inquietarse y solicitaron firmas de apoyo en una carta. Pero quienes más se centraron en hacer un seguimiento, en buscar ayuda jurídica, en insistir en el derecho de petición para conocer todos estos proyectos, fuimos los cinco que nombré: Hawkins, Sandra, mi hermano, Aída Luz y yo, y después Amparo. Todo con el propósito de apoyar al alcalde cuando tuviera que enfrentar la presión política.

Pero como a los ocho meses tuvimos una gran sorpresa: el alcalde le había dado la licencia de construcción al proyecto. Fue un golpe durísimo, porque pensábamos que todo lo nuestro era para apoyar al alcalde y de repente resultó que el asunto nos había llevado a oponernos a una decisión de la alcaldía. Afortunadamente, nosotros ya habíamos recogido mucha documentación y de alguna manera teníamos de dónde agarrarnos. Hablamos con otros líderes cívicos de Providencia y pusimos en alerta a los que hoy en día son grandes líderes, como Josefina Huffington, que fue la primera persona a quien comunicamos lo que estaba sucediendo. Ella apareció luego en unos programas radiales y de televisión, y en concreto en un noticiero de televisión que fue decisivo. Junto con eso apareció el primer grupo de veeduría cívica, y a medida que se iba consolidando la fundación iba consolidándose también el primer grupo de veeduría cívica en cabeza de Josefina Huffington, Rafael Arenas y otras personas.

El tema se comenzó a salir ya de nuestras manos, y la comunidad se lo fue apropiando cada vez

más como un asunto muy serio. Se hicieron las primeras manifestaciones y se llegó a la primera audiencia pública. Era la primera vez que yo veía un acto público en Providencia donde la comunidad asumía una posición común y la defendía. Eso es histórico. En el salón del concejo municipal se reunió el dueño del proyecto, el director de la Corporación Nacional de Turismo, un abogado por el ministerio de desarrollo, el alcalde, alguien más de Bogotá y la comunidad. Fue un acto muy bonito, muy consciente, donde hubo una clara expresión por parte de distintos elementos de la comunidad: líderes civiles y religiosos, miembros del comité de veeduría y otras personas que dijeron no a ese proyecto hoteleño. Y se lo desenmascaró. Habíamos conseguido unas cartas a través de las cuales, a medida que iba hablando el exponente del proyecto y los otros delegados del gobierno, se les fue mostrando que era una mentira todo lo que estaban planteando. Que sólo son veinte cabañas... Sacábamos una carta donde el inversionista le decía a otro al que invitaba como socio, que inicialmente arrancarían con eso, pero que luego había tales y tales proyectos. A medida que la reunión fue andando se fue develando toda lo que había detrás, la mentira, el andamiaje que se había hecho para sacar esto adelante. El alcalde también quedó en evidencia. Los intereses salieron a relucir. Y claramente la comunidad dijo que no. Entonces el alcalde dijo: yo no conocía lo que estoy sabiendo por estas cartas, así que yo también me quito de esto. En últimas, todo terminó en que no se permitía realizar el proyecto. Pero se trataba de una licencia ya concedida, y cuando se trata de licencias concedidas el asunto se vuelve muy complicado. Pero, en fin, hasta ahí llegó ese proyecto y posteriormente el alcalde revocó el acto administrativo.

Al poco tiempo apareció otro plan, The Mount Sinai, con otro inversionista y la misma historia. Cuando menos nos dimos cuenta el proyecto tenía licencia concedida por el mismo alcalde. Hubo que desarrollar entonces una acción igualmente difícil para tumbar la licencia. Y repito, bajar proyectos es muy fácil pero derogar licencias es muy complejo.

Durante la primera parte no existía todavía ministerio del medio ambiente, ni la corporación del desarrollo sostenible, Coralina. No existía

nada de eso. Sólo existía el Inderena. Pero Inderena había dado algunos conceptos favorables a ambos proyectos. O sea que con Inderena no contábamos. Se celebró entonces una audiencia ambiental. Esas audiencias son interesantísimas. Hubo "veintipico" ponencias, si no más. La gran mayoría de personas de la comunidad se opusieron, de tajo y muy radicalmente, a ese tipo de inversión y desarrollo. Esta audiencia ya fue presidida y convocada por el ministerio del medio ambiente recientemente constituido.

Hacia una planificación del desarrollo

A nosotros, como ONG, estas experiencias nos enseñaron que no podíamos vivir de coyuntura en coyuntura, saliendo a oponernos a cada megaproyecto. Que lo que estaba faltando en la isla era planificación. No había planes de desarrollo, ni de ordenamiento, ni de turismo, ni de nada. Faltaba fijar un norte, poner un objetivo, trazar estrategias, diseñar políticas, y eso debería provenir básicamente de los pobladores.

Si la isla era una realidad amable no tenía por qué ser distinta. Si los pobladores habían logrado hasta ahora llevar su isla y su vida hasta el nivel que habían alcanzado, eso merecía respeto. Debería ser sostenible y sustentable. Pero, para darle continuidad a esa tradición histórica, era necesaria una planificación que ordenara todo, y lo hiciera conforme a la ley. Ahí es donde empieza lo que, a mi modo de ver, ha sido lo más fundamental de estos últimos ocho años en la isla: los procesos de planificación. Para ello se dieron dos factores muy afortunados: uno, que para ese momento ya había una ONG, o sea, una entidad civil que estuviera, desde lo civil, propiciando y jalonando este tipo de cosas. Otro, que, aparte de nosotros, existía también el comité de veeduría cívica.

Por ese tiempo unos profesores de la Universidad Nacional y de la Universidad del Valle nos estuvieron hablando sobre los procesos de planeación. Nos dieron elementos que fueron fundamentales para lo que la fundación acompañó luego, es decir, un plan o un proceso de planificación.

El insumo quizá menos importante de la planificación es el documento final. Es necesario llegar

ahí, pero no es eso lo interesante de un ejercicio de planificación, como usualmente se lo ha entendido. Yo contrato unos técnicos y finalmente tengo un documento, un plan, un plan de desarrollo, un plan de ordenamiento; un plan que va luego al anaque del mandatario de turno y se queda allí, empolvándose.

Entendimos que lo interesante era el proceso mismo de planificación y que ese proceso debería ser absolutamente participativo si quería tener la certeza y la seguridad que se va a implementar después, porque con la participación se garantiza que la gente interesada esté presente en el diagnóstico y en la prospectiva, en el sueño de lo que se quiere, y luego en el compromiso de ejecutarlo, que es la parte más importante para que los planes se hagan finalmente realidad.

Entendimos también que no se puede absolutizar ni el concepto técnico ni el de la comunidad. Cuando en estos procesos se dice: hay que hacer solamente lo que la comunidad diga, las cosas no marchan. Las comunidades también se equivocan y cometan errores garrafales. Pero, igualmente, cuando se dice: los técnicos son los que saben y para eso estudiaron, que hablen los técnicos, también se cometan muchos errores. Nuestra conclusión fue: es el sabedor local, junto con la experiencia y el conocimiento del técnico, los que, en un proceso de diálogo, pueden generar resultados valiosos. De resto, si no se escucha a las dos partes, se corren muchos peligros.

Allí aparecen ya elementos claves: primero, es necesario la planificación para no vivir de coyuntura en coyuntura; segundo, esa planificación debe poner su énfasis en el proceso y en la conciencia que se va generando dentro de este proceso; y, tres, tiene que producirse un diálogo de saberes entre los técnicos y los sabedores locales.

A partir de entonces empezamos a solicitar al DNP (sobre todo a través de Eduardo Uribe, que en ese momento era jefe del departamento de medio ambiente) ayuda para realizar un plan de desarrollo en Providencia, pero un plan que fuera participativo, porque como estaba en funciones el alcalde que había dado los permisos de los megaproyectos, temíamos que el plan pudiera convertirse más bien en una bendición a esa otra

idea de desarrollo que había allí, y se desconociera la dimensión comunitaria que había quedado expresada en las audiencias que tumbaron los dos primeros proyectos. Además, nos pareció que había que insistir en que la planeación fuera participativa porque supimos que el alcalde iba a ir a contratar con Fonade unos estudios en ese sentido. Planeación Nacional fue muy receptiva, sobre todo el departamento de medio ambiente, y le mandó una carta al alcalde diciéndole que el plan de desarrollo en Providencia debía ser participativo y se debía llamar a todos los entes vivos del territorio a participar en su ejecución, en la formulación y en la implementación posterior de ese plan.

Esta fundación se encargó de ir en delegación al DNP en Bogotá a hablar de eso, de hacer las primeras cartas y de forzar a la alcaldía, a través del DNP, para que asumiera el primer plan de desarrollo participativo. El alcalde contrató como asesora a June Mary Mow, actual directora de Coralina, para que estructurara este plan de desarrollo. Se formó un "general committee" y la comisión del plan y se llamó a todos los entes vivos y organizaciones no gubernamentales, pero también a los distintos gremios de pescadores, hoteleros, comerciantes, a las iglesias, al comité de veeduría cívica, todo lo que había más organizado y representativo en la isla, y se conformó este ente que fue haciendo seguimiento al plan de desarrollo. Duramos en ese trabajo desde mediados del 93 hasta el 11 de noviembre del 94, cuando se aprobó este plan por parte del concejo municipal. Ahí fue el primer *hit* de Providencia. Consiguió su plan de desarrollo con una buena participación de la comunidad. Ya teníamos algo en la mano. Pero en ese momento entendimos que un plan de desarrollo sin ordenamiento del territorio no valía nada.

El plan de ordenamiento territorial

A partir de noviembre del 94, empezamos entonces a buscar ayuda para hacer un plan de ordenamiento. En Colombia sólo se hablaba de la comisión de ordenamiento territorial (COT), en cabeza de Fals Borda, y se decía que el ordenamiento territorial se iba a convertir en ley, aunque eso nunca sucedió.

Solicitamos entonces una entrevista con la dirección del DNP. Fueron muy amables. Nos dieron la primera cita del día, a las seis de la mañana. Nos recibió el director o un segundo, alguien muy importante, y tenía tres o cuatro personas con el esperándonos a esa hora; o sea, tomaron con interés la inquietud de Providencia. Pedimos que nos indicaran cómo hacer un plan de ordenamiento territorial, cuando todavía en el país no se hablaba de eso. El director nos dijo: pues no hay mucha reglamentación y no se conoce mucho sobre el tema. Entonces preguntamos: ¿quién podrá orientarnos para que Providencia pueda elaborar su ordenamiento y no le pase lo que a su hermana San Andrés, que está a punto de sufrir un cáncer? Se nos respondió: está la secretaría técnica del COT, representada por Angela Andrade. Ella es quizás la persona que más conoce sobre el asunto. Ella sí puede ser quien los oriente y los guíe en el tema.

Efectivamente, Angela era subdirectora del IGAC en ese momento. La llamamos y nos concedió la cita. Fuimos, le hablamos, le expusimos nuestro interés en nombre de la comunidad que nos había dado esa misión y, desde ese momento hasta hoy, no se ha separado del proceso. Hoy en día representa al ministro del medio ambiente en la junta directiva de Coralina y su ayuda ha sido muy eficaz. Ella nos prestó durante un tiempo una persona de las que ella misma había ayudado a formar, Daniel Castillo, y el estuvo apoyando al equipo coordinador que se conformó. Se inició entonces un proceso de ordenamiento territorial con participación comunitaria, cuando todavía esos elementos apenas se empezaban a incorporar a partir de la constitución del 91 como propuesta de un estado social de derecho participativo.

Allí comenzaron a aparecer también otros actores: Ingeominas, Inea, Coralina, ministerios, DNP, IGAC, la Universidad Nacional, la del Valle, la Javeriana, entre otros. Y se fueron generando cosas interesantes. Aquí, en este salón, escuché discusiones increíbles en torno al ordenamiento territorial. En Colombia no había otros espacios donde se estuvieran dando ese tipo de debates. Sentamos el precedente que sobre ese tema nadie tenía la última palabra. Eso hizo que no se nos volvieran discusiones académicas, abstractas,

polémicas, sino que fueran constructivas. Cada ministerio y cada instancia iba aportando lo que había vislumbrado sobre lo que podría ser el ordenamiento de un territorio. Eso produjo una dinámica bellísima.

Ya el año antepasado, 1999, surgió la ley que ordenaba a todos los municipios realizar su esquema de ordenamiento territorial. Y nosotros conseguimos que el 28 de diciembre de 2000, fuera aprobado el esquema de ordenamiento territorial de Providencia y Santa Catalina. Falta socializarlo e implementarlo en sus últimos aspectos.

Una tarea pendiente

Queda todavía pendiente el plan de desarrollo turístico sostenible. El esquema de ordenamiento territorial le dejó a la actual administración, en una de sus ordenanzas, la obligación de adelantar el plan de desarrollo turístico sostenible, porque nosotros no habíamos logrado trabajar todavía algunos aspectos, como la "capacidad de carga" y otras cosas. Entonces se sugirió que se aprobara el plan de ordenamiento como estaba, dejando a la administración la tarea de adelantar el plan de turismo. Y ya estamos en la última fase, a punto de terminarlo.

Una organización local, la Asociación Ecológica y Turística de la Vieja Providencia y Santa Catalina (Ecoastur), asumió desde la sociedad civil y desde la perspectiva hotelera y turística un gran liderazgo en el acompañamiento de la formulación de este plan de desarrollo turístico sostenible. Y, a estas alturas, ya cuenta Providencia con un plan de desarrollo, con un esquema de ordenamiento territorial (por el tamaño de la isla, la ley dice que debe llamarse así) y con un plan de desarrollo turístico sostenible que va a salir muy pronto.

A mi modo de ver, esas son las mayores fortalezas de este territorio, porque esa es la mejor autonomía posible en un territorio cualquiera. Este territorio se está dando su propia ley de desarrollo, se está ordenando de acuerdo al querer, el sentir y la necesidad de su gente, y está proyectándose de acuerdo a sus posibilidades. Eso genera realmente territorio, autonomía, empoderamiento, y lleva a la comunidad a una actitud mucho más proactiva dentro de sus propias tareas. Porque

al haber asumido la planificación de su territorio la comunidad asume también los retos que se derivan de su aplicación. Todavía falta la implementación, que generará inevitablemente muchos conflictos, pero al mismo tiempo creará una gran esperanza de que, finalmente, se consolide este territorio sin las amenazas de unos megaproyectos que lo destruirían. Ya tenemos al lado el ejemplo.

Aquí, por el tamaño de la isla, cualquier cosa, así sea pequeña, es un megaproyecto. Pero además de los dos grandes proyectos de los que ya hemos hablado, había 16 o 17 propuestas más. Había unos proyectos de italianos en Manzanillo, había otro desarrollo muy grande en Santa Catalina. En la práctica, si esos proyectos se hubieran puesto en marcha, la isla sería hoy un sitio con muchos desarrollos turísticos, grandes o pequeños, pero en una línea totalmente contraria a aquella en la que esta comunidad ha tratado de desarrollar su vida hasta hoy.

A partir de allí la Fundación adquirió importancia. Era el primer ente civil, la primera ONG realmente visionaria porque entendió muy al inicio que la planificación era clave para no vivir de cosas puntuales y coyunturales. La Fundación se comprometió con ese proceso. Siempre hubo un miembro de la organización acompañándolo. A mí me correspondió, desde el primer plan de desarrollo hasta hoy, ser parte, ante todo del general committee, la comisión del plan, y luego del concejo municipal de planeación, donde ya participé durante los primeros seis años y voy para el segundo período en representación de las ONG ambientales. Así mismo, Fanny Howard –actualmente presidenta de la junta directiva de la fundación– tuvo a su cargo la dirección del equipo coordinador del plan de ordenamiento. No sólo hicimos propuestas sino que realmente nos comprometimos con el proceso. Si ustedes ven los planes de ordenamiento y de turismo van a encontrar entre los participantes a Trees & Reefs (Arboles y Arrecifes), y eso nos llena de orgullo, porque hicimos un compromiso y lo hemos cumplido.

Otra cosa que entendió la fundación desde el principio es que la planificación constituye una alternativa a eso tan tropical y tan Caribe que es vivir al día, a lo que resulte, cuando uno ve que

hoy en día, con la globalización, si no hay perspectiva de largo plazo se lo llevan a uno por delante.

También entendimos que era indispensable contar con el acceso a documentos referentes al territorio insular con el fin de fortalecer la comunidad en su identidad y tradiciones cualificando así su participación en los procesos de planificación del desarrollo y de ordenamiento del territorio. Fue así como dimos inicio, en 1993, a un centro de documentación que ha venido implementándose desde ese tiempo hasta ahora prestando un importante servicio tanto a la comunidad local como a visitantes e investigadores.

Otro asunto pertinente a destacar fue un derecho de petición que envió la fundación al director del DNP en solicitud de suspensión de licencias de construcción hoteleras, industriales y comerciales hasta que no tuviéramos los planes de desarrollo, ordenamiento y usos del suelo debidamente aprobados. Esta solicitud cayó en buenas manos y pasó a ser parte del párrafo primero del artículo 37 de la ley 99 de 1993, que dio origen al ministerio del medio ambiente. Mediante esta acción fue posible detener legalmente la avalancha de proyectos y construcciones que se veían venir y que traerían procesos y desarrollos difícilmente reversibles en caso de ser ejecutados o construidos y no ser coincidentes con las políticas, estrategias y normatividad de los planes en ejecución.

La tarea educativa

En el grupo incipiente de Arboles y Arrecifes hubo otro *insight*, y fue entender que, junto con la planificación, era muy importante la educación. Porque si una ONG como nosotros, cuya misión es la defensa ecológica y la protección del medio ambiente y los recursos naturales, no tenía en cuenta el elemento social, comunitario, cultural, estábamos desfasados. Se han visto organizaciones como ésta que se desgastan en proyectos de reforestación y cosas parecidas, proyectos que luego la misma comunidad desbarata porque no ha sido parte o no le han hecho proceso de conciencia acerca de la importancia de eso.

Nosotros comprendimos que sólo en la cabeza es posible separar los conceptos de medio ambiente

y cultura. En la realidad, sólo existe gente en un entorno y entornos con gente. Eso es lo que existe, lo demás son diferencias conceptuales. Ese entorno con gente y esa gente con entorno establece una relación, y en esa relación es en la que nosotros nos interesamos, allí es donde ciframos la educación, la concientización, la apropiación de las cosas. Por eso le aumentamos un nuevo capítulo a la misión de la Fundación.

A los dos años nos hicimos conscientes de que teníamos que ser también defensores de la cultura como condición de que el medio ambiente se sostuviera. Era imposible plantear una sostenibilidad en términos ambientales, si conjunta y paralelamente no se planteaba también una sostenibilidad cultural en el territorio. Y hoy día definimos la misión de Arboles y Arrecifes como la defensa ecológica y la protección del medio ambiente, los recursos naturales y la cultura de la vieja Providencia y Santa Catalina. Ya tenemos muy claro que esos componentes van juntos. No se puede hacer una cosa sin la otra. Por eso todos nuestros proyectos y programas tienen un fuerte contenido educativo y cultural. La educación ambiental es un objetivo específico de nuestra organización y desde que nos fundamos venimos trabajando proyectos educativos dirigidos a profesores, alumnos padres de familia y comunidad en general.

Al mismo tiempo dijimos: si no se conoce el marco constitucional en el cual estamos inscritos, qué es el de la república de Colombia, ¿cómo se van a adelantar unos procesos de planificación en este territorio? Además, si no se acompaña la participación con recursos, la participación queda como una palabra bonita. La participación de la comunidad vale, cuesta plata y cuesta tiempo, supone logística y acompañamiento. Conscientes de eso formulamos un proyecto que se llamó “democracia y construcción de sociedad en las comunidades de Providencia y Santa Catalina”, que fue financiado por la Unión Europea.

La democracia y la construcción de sociedad

El proyecto democracia y construcción de sociedad empezó en el transcurso de los años 96 y 97, y el informe final fue presentado en enero del

98. A mi modo de ver, ésta es quizá una de las acciones más trascendentales, tanto de esta organización, como, en general, de los procesos de formación de líderes que se han dado en Providencia y Santa Catalina en la última década, por decir lo menos. Quizás a través de ese proyecto se pueda entender por qué las posiciones de los providencianos no son hoy idénticas a las de los sanandresanos, sobre todo en términos de conflictividad en torno al territorio, de separatismo y de su posición frente a la colombianidad. Eso tiene mucho que ver con este proyecto.

El proyecto tenía varios ejes. Uno era el derecho social. Este consistió en entregar la carta política digerida a través de los talleres. Al mismo tiempo íbamos entregando el texto de la Constitución. Por primera vez en la historia de las islas se realizaba un esfuerzo por presentar una carta política de Colombia. Nunca, - ni gobierno, ni entidades civiles, ni particulares -, nadie se había interesado en presentar la carta política en la cual están inscritos estos territorios. Nosotros fuimos entregando la constitución del 91 a través de talleres. En ese tema contamos con la ayuda de la Corporación Asesorías para el Desarrollo (ASDES), que dirige Fabio Londoño, quien nos ha prestado una extraordinaria colaboración.

Primero, analizamos el nuevo ciudadano propuesto en la carta política. El nuevo ciudadano dentro de un estado social de derecho y de una democracia participativa. Se mostró cómo el nuevo ciudadano debe participar, exigir, ejercer veeduría y control sobre el Estado. Se desarrollaron talleres dirigidos a líderes de la comunidad. Respetando el mandato constitucional, para los talleres se hicieron por primera vez ayudas didácticas o cartillas bilingües.

Se trabajó también el tema de los bienes de interés social a través del cual entendemos que, lo que se creía que era de la alcaldía y el gobierno, era de todos y de cada uno. Y que si no nos interesábamos en las playas, cementerios, carreteras y sitios públicos, nadie lo iba a hacer. Y era necesario que ya, como ciudadanos, nos los apropiáramos.

De igual modo, se trabajó el tema de la municipalidad porque tampoco entendíamos qué es un alcalde, cuáles son sus relaciones con el concejo

municipal, qué es la personería, cuál es la participación de los ciudadanos en estos entes. Trabajamos los instrumentos que esta carta ofrece a los ciudadanos para hacer valer sus derechos, básicamente la acción de tutela y el derecho de petición. También en estos temas se elaboraron cartillas. Se las distribuyó a los participantes en los talleres pero también se hizo alguna divulgación en los colegios, para que las profesoras que enseñan civismo y constitución recibieran una ayuda. Procuramos que la presentación de las cartillas fuera tan llamativa e interesante que las guardaran en su casa.

Aquí aconteció algo muy lindo con una líder isleña, Josefina Huffington. Los coroneles de la Escuela Superior de Guerra, antes de pasar a generales, hacen un viaje por las fronteras. Y vinieron aquí. Josefina les dio una charla y les hizo sentir todo el resentimiento que puede experimentar un isleño ante la presencia militar. Les habló de los primeros conflictos con las niñas de la isla a raíz de la presencia de tantos jóvenes en un sitio en el que no había prostíbulo... Todo esto se los fue diciendo con la Constitución en la mano y, desde la Constitución. Con un dominio constitucional impresionante, les dijo las cosas más fuertes que ustedes puedan imaginar. Al final, estos coroneles se pusieron de pie, aplaudieron larguísimamente y se fueron uno por uno a darle la mano a Josefina. Después, uno de ellos tomó la palabra para decir: el sitio de Colombia donde menos esperaba una lectura constitucional era Providencia y nos han dado la lectura constitucional más impresionante. Luego Josefina les dijo: es que no es verdad que aquí termine Colombia. Aquí empieza Colombia.

Sin embargo, a propósito de la presentación de la Constitución vale la pena contar una historia triste. Eramos conscientes de la importancia de esa acción. Y ya que la Unión Europea estaba aportando ciento cincuenta millones en este proyecto, pedimos al gobierno que el Estado colombiano se vinculara por lo menos con el texto de las constituciones en inglés. Pero no pudimos. Tenemos un folder grueso lleno de derechos de petición enviados al presidente, a la procuraduría nacional, al ministerio del interior y a distintas secretarías de la presidencia, entre otros. Sólo conseguimos las últimas cajas del texto de la

Constitución en español que se encontraban en los sótanos del palacio de Nariño y que habían sido editadas cuando se promulgó. Tuvimos que ir personalmente por los sótanos a buscarlas, cargarlas nosotros mismos y, finalmente, se repartieron en Providencia.

Por aquí estuvo de visita el encargado de negocios de la embajada de la Unión Europea para Colombia y Ecuador, en ese momento el señor Philippe Combescot. El era muy cercano al presidente Samper. Nos hicimos buenos amigos y estando aquí, me dijo: Jimmy, la semana entrante voy a almorzar con el presidente. Yo le dije: hazme un favor, cuando estés terminando el almuerzo, en el momento del tinto, entrégale esta carta. Era la solicitud de las constituciones en inglés diciéndole que ese sería el mayor gesto de soberanía que el gobierno podía hacer sobre un territorio. Dénos 600, 800 textos, y ponga una noticia de reconocimiento al bilingüismo de estas comunidades, de modo que la presidencia se pueda sentir orgullosa de presentar la Constitución en inglés. El texto en inglés ya existía. Era una traducción muy buena que hizo una abogada canadiense. Las planchas estaban en la imprenta nacional. El costo era mínimo: dos millones de pesos o algo así. No era nada para un Estado. Pero, ¡por Dios! ¡no se pudo! El encargado de la oficina de divulgación de la Constitución nos escribió una carta en la que nos decía que las constituciones en inglés ya venían, que estaban en camino. Y hoy es el día, después de tantos años, las constituciones no han llegado. Nunca llegaron.

Algunos periodistas me pidieron las cartas para hacer escándalo y les dije: no, el país está ardiendo y no necesita más fuego. Lo que necesitamos es concretar acciones para construir país, pero no seguir alimentando una descomposición mayor. No presté el material, pero está aquí y muestra cómo al Estado colombiano no le han faltado oportunidades para hacer presencia, que se pierden por desatención de los funcionarios estatales, desde el presidente para abajo. Ese gesto, por ejemplo, hubiera sido clave en ese momento. No se pudo.

Pero con todo y eso se repartieron las constituciones en español. De todos modos, las personas aquí leen quizás con más facilidad el español que

el inglés. Parte del deseo de hacer bilingüe el programa era que empezaran a hacer el ejercicio de leer la Constitución en inglés.

El derecho social se trabajó así, presentando la Constitución. El otro eje se lo debemos a Philippe, quien me dijo: Jimmy, el proyecto está muy bueno, pero le falta cartografía social. Y yo le dije: ¿eso qué es? Me contestó: yo he estado trabajando en eso con unas gentes en el Cauca y es una maravilla. Y conozco un grupo que se llama La Minga, una fundación que está haciendo ese trabajo. Le dije: bueno, Philippe, hagamos un taller para saber de qué se trata.

Fui entonces en gestión a la Fundación Restrepo Barco a pedir financiación para un taller de cartografía social. Hablé con Alvaro Velasco, con la gente de La Minga, aceptaron venir a un taller de cartografía y eso fue, efectivamente, una maravilla... Dijimos: justamente es lo que estábamos necesitando. Afortunadamente, Philippe fue tan insistente en que si no le metíamos cartografía el no nos dejaba aprobar ese proyecto con la Unión Europea. Fue un gran acierto.

Ya en el proyecto quedó como insumo fuerte la cartografía social. ¿Qué fue eso? Pues fue la posibilidad que ofreció el proyecto a la comunidad de participar en el ordenamiento territorial. ¿Por qué? Porque los ejercicios de cartografía fueron los que justamente permitieron que desde los viejitos hasta los más jóvenes pudieran, en torno a unas mesas, entrar a diagnosticar, primero, y a soñar, después, la isla que queríamos. Para mí ha sido de lo más fortalecedor, de lo más grande que uno pueda decir.

El mismo Francisco González, decano de ecología en la Javeriana, estuvo en uno de esos ejercicios de cartografía y me dijo: Jimmy, tengo que decirle la verdad. Yo he visto aquí conseguir en estos tres días lo que nosotros llevamos años tratando de obtener a nivel de diagnóstico en un proyecto sobre el Chicamocha o algo así. Ellos se enamoraron de la herramienta. Después hicieron contactos ya más institucionales para conocer mejor la metodología, y la implementaron, ellos también, en sus procesos y proyectos del Instituto de Estudios Ambientales para el Desarrollo (Ideade).

Tenemos entonces, en primer lugar, un componente de derecho social, necesario para inscribir el proceso de planificación dentro de las posibilidades que nos daba la carta política del 91. En segundo lugar, como la participación hay que ayudarla porque sola no se da, a través de la cartografía social se abrieron los espacios donde la comunidad pudo reunirse, meterse en su territorio, apropiárselo y soñar. Porque también hubo muchos mapas de sueños sobre la isla que queremos.

El otro componente de este proyecto fueron los encuentros de saberes. Esa era la manera de crear unos espacios, unos días donde los distintos sectores se reunieran a compartir con alegría su música, su tradición, su poesía, sus juegos. Se trataba de valorar lo local de una manera lúdica. Simplemente, se reunían a comer rico lo que ellos saben hacer, a bailar, a cantar, a jugar, a repartir y a saber qué es lo que son, qué tiene valor y qué amerita conservarse.

En torno a esos ejes fue girando el proyecto. Pesó muchísimo todo el concepto de la regionalización, empoderó tremadamente a la gente del territorio y le permitió entender que, como ciudadano colombiano, uno puede exigir, uno puede ser veedor, uno puede controlar. No se necesita ser separatista para que el Estado le pare bolas. Dentro del concepto de Estado que se plantea a través de esta carta política, el ciudadano puede aspirar a todo eso. Por eso los de aquí, los de Providencia y Santa Catalina, cuando ha habido conflicto y contradicción, se paran con la Constitución en la mano a exigir. Los de allá, de San Andrés, que quizás no tuvieron la oportunidad de hacer una inducción en el manejo de la misma carta política, esgrimen el argumento del separatismo como la única posición desde la cual esperan ser escuchados. Porque sólo cuando hablan de separatismo les paran bolas. Creo que el proyecto de Democracia puede estar marcando la diferencia de estas islas con la otra. Eso no es gratuito. Hay trabajo detrás, mucho trabajo.

También trabajamos sobre los conflictos. Entendimos que el conflicto es inherente al ser humano, lo mismo a las parejas que a las sociedades, y que hay que aprender a manejarlo y no a obviarlo como si fuera algo que no existe. Trabajamos varios talleres sobre resolución pacífica de conflictos

abordados en la dimensión comunidad-comunidad, comunidad-territorio y comunidad-Estado. También se elaboraron para esto cartillas bilíngües muy interesantes.

Para desarrollar el proyecto fui a solicitar apoyo a distintas entidades cofinanciadoras de este tipo de proyectos, como el Programa por la Paz de la Compañía de Jesús, embajadas fundaciones y ministerios entre otros. En algunos lugares me decían: pero, Jimmy ¿cómo vienes a pedir plata para un proyecto de resolución de conflictos en Providencia? Y ese es el asunto: definitivamente, en Colombia hasta que no traemos muertos no nos paran bolas. ¿Cómo vamos a esperar hasta que se estén matando...? Y les dije (estoy hablando ya de hace cinco o seis años): San Andrés se está convirtiendo en un foco de conflictividad y violencia tremendo, que nadie ha alcanzado a valorar. Sólo cuando empiecen los conflictos a generar violencia, muerte, confrontación, les van a parar bolas. Providencia quiere anticiparse a ese momento porque los conflictos van a venir, ya existen, pero van a venir conflictos mayores y tenemos que saber cómo afrontarlos. Finalmente, conseguimos recursos con la embajada de Holanda. Entre Holanda y la Unión Europea se completaron los recursos para el tema de resolución de conflictos.

El proyecto Democracia se había planificado para dieciocho meses, pero se volvió veintidós meses y nunca paró. Porque es de esos proyectos que generan procesos y los procesos nunca terminan el día que se acaba la plata de un contrato. En esa dinámica seguimos hasta el día de hoy. Los grupos de veeduría cívica le deben a este proyecto su fortaleza.

Buscando nuevos horizontes

Terminado el proyecto Democracia pensamos: son proyectos hermosos, fortalecedores, pero muy desgastadores para las organizaciones que los ejecutan, porque generalmente uno no tiene resultados inmediatos; son a largo plazo, son costosos, difíciles.

En Arboles y Arrecifes nos pareció que era necesario que otros entes, tanto gubernamentales (la alcaldía en particular), como otras organizaciones

que empezaban a formarse –en concreto SWALO, la fundación de mujeres– interviniendo generando proyectos en esta línea de construcción social. Porque este proyecto nos mostró que las sociedades hay que construirlas. El proceso de elaboración de una sociedad no es gratuito. Nosotros trabajamos mucho ese sentido constructivista del derecho y de la sociedad, y esperamos que otros lo hicieran también. Hasta ahora nadie lo ha hecho.

Se le ha sugerido a la fundación SWALO que las mujeres nos regalen un proyecto de construcción social en términos de una nueva cultura política porque son mujeres muy capaces, líderes muy importantes de esta comunidad. Sabemos que de allí puede venir mucha fortaleza. Hasta les insinuamos que podía llamarse "Hacia una nueva cultura política con perspectiva de género y equidad". Creo que ellas serían las más capacitadas para regalarle a la comunidad esa propuesta que es necesario trabajar ya: una nueva cultura política con perspectiva de género y equidad.

Pero Arboles y Arrecifes dijo: no podemos seguir dedicados únicamente a propuestas de construcción social. Debemos también atender la parte ecológica, la ambiental, que, si bien no existe separada de ésta, si tiene unas especificidades que hasta ahora no hemos podido trabajar. Entonces retomamos el trabajo de formular lo que se convertiría en el programa de conservación, reproducción y manejo de la iguana y los estudios básicos de otros reptiles de las islas de Providencia y Santa Catalina.

La iguana es un animal que tiene una simbiosis cultural impresionante con el medio. No sólo porque se lo utilice en la gastronomía, sino porque en el caribeño hay una identidad fortísima con la iguana. No solamente en los insulares de aquí sino también en el Caribe en general, existe algo muy fuerte con la iguana. Pero también porque veíamos que era uno de esos recursos que, siendo significativos cultural, ambiental y gastronómicamente, se estaba acabando. Era evidente que cada vez había menos iguanas.

El proyecto lleva ya dos años y medio en ejecución, aunque solamente el primer año y medio estaba financiado. Llevamos un año sin financiación,

sosteniendo un zoocriadero, con mil y pico de ejemplares, a punto de quebrarnos, de morirnos. Es un proyecto que, como ya lo he dicho, o entierra esta organización o finalmente la saca adelante. El riesgo que hemos corrido con este programa ha sido inmenso. Ustedes no se imaginan la complejidad que tiene trabajar con seres vivos, porque no dan tiempo para que la burocracia de las oficinas entienda estas complejidades. Es una locura.

Empezamos financiándolo con Ecofondo, que fue la entidad a la que se le presentó la primera propuesta, en el año 94. Despues de muchos esfuerzos, logramos que empezara su financiación cinco años después, en el 99. Ese año empezó la primera fase ya financiada, que terminó en septiembre del año pasado.

Pasamos mucho tiempo tratando de formular el proyecto porque lo mandábamos a Ecofondo y nos decían que estaba mal formulado. Mientras tanto íbamos ubicando a quienes nos podían asesorar. Por fin, encontramos a dos biólogos magníficos de la Universidad Nacional, que trabajan en Cartagena: Giovanny Ulloa y Sergio Medrano. Ellos han sido los asesores del proyecto. Nos ayudaron también en la formulación de lo que finalmente se volvió el programa en el que estamos trabajando. Pero es increíble todo lo que le costó a esta organización, desde el 94 al 99, solamente formular el proyecto.

Con el proyecto andando ya, y con resultados supuestamente de primera calidad, verificables, medibles, cuantificables, –el único zoocriadero en Colombia montado con fines de conservación que existe, una subespecie no conocida en el continente porque sólo existe acá, con todo lo que quieran– llevamos desde ese momento para acá tratando de conseguir los recursos para la fase dos del programa y no lo hemos logrado todavía.

Aspiramos a que esta segunda fase sea financiada por el Fondo para la Acción ambiental. Pero estamos pendiendo de un hilo, en una pobreza absoluta, tan absoluta que ya no hay posibilidad de pagar secretaría ni asistencia administrativa. En la granja hay una persona atendiendo la parte técnica y otro muchacho, Owen, ayudando a la alimentación y mantenimiento de los animales.

No sé qué vamos a hacer, porque no hay con qué pagarles más. No se si ellos van a querer continuar hasta que salga aprobada la propuesta, que se calcula será en tres meses. Pero llevamos esperando un año. Un año que puede fácilmente acabar no sólo con el programa sino con la fundación, porque la fundación puso su fortaleza en este programa.

Si no es con proyectos y programas estas organizaciones no tienen cómo financiarse. Y más cuando se trata de proyectos en marcha, proyectos que tú no puedes abandonar el día que se te acabó la financiación porque ahí quedan los animales y queda toda la dinámica del proceso. Entonces lo poco que la organización ha logrado capitalizar se le va en continuar proyectos que traen ya su inercia, mientras sale la otra fase. Entre tanto puede transcurrir, como en este caso, un año o más. No nos hemos muerto todavía porque tal vez aún no es el momento y la voluntad de hacer es muy fuerte.

Al mismo tiempo, estamos intentando formular el proyecto de la reserva natural del Peak y de una red de pequeñas reservas de la sociedad civil. Este es otro tema que, muy desde el principio de esta fundación, hemos querido atender. El Peak como tal es un sitio muy emblemático de la isla. Pero este predio no tenía un manejo adecuado. La gobernación empezaba a vislumbrar proyectos sobre el predio desde la gobernación en San Andrés, y nos pareció muy peligroso que desde allá fueran a manejar un predio de tanta sensibilidad para la isla de Providencia. Entonces, hace cinco años, sugerimos a la gobernación que nos lo entregara en comodato. El predio está en comodato y a nuestra responsabilidad, y lo hemos atendido estos años, sobre todo cuidándolo, protegiéndolo, haciéndole eventualmente algunas limpiezas. Se convino en montarle un proyecto de constitución y manejo. En eso hemos venido trabajando desde hace cinco años y tampoco ha sido fácil. Hemos buscado ayuda por todos los lados y no hemos podido concretarla. Hemos pedido ayuda al ministerio, la hemos pedido al Instituto von Humboldt, a particulares, a cuanta entidad conozcan. Todos valoran el proyecto, todos reconocen su importancia, pero llega el momento decisivo y no hay recursos.

No hay lugar que enamore más que Providencia cuando uno está aquí. Pero no hay lugar que quede más olvidado y ausente cuando uno sale de él, que Providencia. Por eso concretar recursos para acá es muy, muy difícil. Es un lugar que, por su pequeñez, resulta muy costoso para una entidad de medianos recursos, y para una entidad muy grande resulta muy pequeña la isla. Por eso no hemos podido encontrar el interlocutor. Coralina está buscando camino a través de organizaciones internacionales, con una especificidad de isla, y ya están ubicando donantes a nivel internacional con una capacidad mucho mayor. Pero yo no pude a nivel nacional. No conseguí que el país, ni sus entidades gubernamentales ni sus entidades no gubernamentales se interesaran con seriedad y continuidad en proyectos en este territorio, con una inversión que pudiera ser significativa y equivalente a su tamaño. Muchas entidades esperan que las islas se adapten al resto del país y eso no es posible. Hasta que no entendamos lo que es la insularidad es imposible que el país aprenda a administrar las islas.

La insularidad, concepto clave

Voy a hacer un paréntesis con mucho énfasis. Hay muchas personas que me dicen: bueno Jimmy, ya llevas como 17 años vinculado a este territorio. Eres continental residente, naciste en el continente y estás viviendo acá. Para explicarle a alguien de allá qué son las islas ¿qué le dirías? ¿Qué es necesario entender para visualizar esta realidad? Y yo les digo: que esto es una isla. Lo primero que hay que entender es la insularidad.

Yo descubrí, con toda honestidad, que una isla y sobre todo una isla de la pequeñez de ésta -porque es muy distinto hablar del Japón o de Inglaterra-, éstas islas de 17 kilómetros cuadrados, son de un endemismo y de una particularidad tan especial, que crea relaciones espacio-temporales muy distintas. Los conceptos mismos de espacio y tiempo son otros. Y por lo mismo las relaciones humanas son otras y la cosmovisión del ser humano que nace y se interrelaciona en este medio es otra. Y toda la producción que se genera de allí es otra.

Si tú estás hablando del costo de vida, el costo en las islas es el más alto del país, 500% más alto. En el taller que acaban de hacer unos españoles

en San Andrés se manejaban esas cifras. Un costo de vida altísimo. Estoy hablando de las variables económicas, pero hay otros asuntos más complicados como, por ejemplo, extrapolar las figuras político administrativas del continente para acá. Claro, fallamos. ¿Cómo les dio por formar un departamento archipiélago? ¿Cómo se les ocurrió pensar que el concepto de departamento cupiera en un archipiélago? Con esas fórmulas quedamos como un monstruo donde el gobernador terminó siendo el Alcalde de San Andrés sin ser ésta un municipio; la asamblea departamental funciona más como un concejo local para San Andrés y el único municipio del departamento es el de Providencia y Santa Catalina.

Por otro lado, este municipio se erigió como municipio insular, pero sin mar. El municipio de Providencia y Santa Catalina solo comprende la parte de tierra. Así fue delimitado. Por eso el municipio no tiene ningún derecho de manejo sobre el mar. Y uno se pregunta cómo se puede concebir una isla sin mar, si lo esencial de una isla es su agua. Y esa pregunta no ha podido ser respondida. Muchos miembros de la asamblea, del ministerio de relaciones exteriores, del Congreso y otros entes del Estado han venido, han pasado por aquí y no hemos obtenido respuesta.

Esa ha sido la gran falla. No aceptar el principio de insularidad hizo, por ejemplo, extrapolar unos conceptos político administrativos del continente a un territorio insular. Este territorio no los soportó y terminaron causando un caos administrativo tenaz, como ustedes lo están comprobando. Y eso en todos los niveles. En el nivel educativo sucede igual. Se extrapoló todo el sistema educativo del continente para acá y, claro, no funcionó. Aplicar a las islas medidas como, por ejemplo, la de que los municipios se miden por número de habitantes, es un gravísimo error. Cuatro mil quinientos habitantes es seguramente un número insignificante para un municipio continental, pero para nosotros es toda la población que podría soportar la isla y quizás mucha más. Para nosotros es la totalidad de la población sostenible. Si fuéramos más romperíamos probablemente la carga que aguanta la isla.

Y existen indicios para pensar que posiblemente ya esté copada esta capacidad de carga en la isla,

porque no somos cuatro mil quinientos habitantes. La población potencial es mucho mayor. En Panamá, en Estados Unidos, en muchos otros países y en la misma Colombia continental hay una cantidad de providencianos que cualquier día dicen: quiero ir a vivir a Providencia y tienen todo el derecho de venir a vivir aquí. Ya hay algunos que han querido construir sus casas. Entonces, si tú estás hablando de los habitantes del territorio no los puedes descontar a ellos porque en cualquier momento llegan y no los puedes excluir.

¡Miren qué absurdo! Para poder aspirar a un presupuesto municipal o a unos sueldos más ajustados a las necesidades reales del medio y al costo de vida, tendríamos que llenarnos de gente rompiendo así la sostenibilidad de la vida en la isla. Es clave e indispensable entender eso.

Si hay algo bien urgente en las islas es la necesidad de diseñar un modelo político administrativo insular del territorio archipiélago, donde haya lugar para autonomías insulares. Porque ni siquiera se puede decir que San Andrés y Providencia vayan en la misma ola. Las dos islas van en olas distintas. Se tiene que establecer un modelo de autonomías insulares con un gobierno interinsular, como lo tienen, por ejemplo, las islas Canarias con relación a España. Supongo que hay muchos más ejemplos en el mundo para mirar cómo este territorio puede aspirar a una forma de organización que reconozca su especificidad de islas y de archipiélago.

Que no nos sigan midiendo por el número, porque eso es fatal para Providencia. No nos pueden seguir midiendo ni siquiera con relación a San Andrés. Porque con ese criterio, si se arma un concejo, porque en San Andrés hay ochenta mil habitantes, deben ir veinte sanandresanos al concejo, y porque aquí somos cuatro mil quinientos deben ir dos. Es ridículo, porque los problemas de aquí no son menos importantes que los de allá, y no son los mismos. Tiene que haber un concejal de aquí y uno de allá, o dos de allí y dos de acá, pero es necesario entender que para nosotros esto es toda nuestra realidad. El mundo se nos agota en estos 17 kilómetros cuadrados. Este es nuestro mundo.

Y así mismo las inversiones. Cada inversión aquí es una totalidad. Si es la luz, es la totalidad de la luz; no puedes interconectar las islas del archipiélago. Si es una carretera, es la totalidad de la vía; no puedes hacer una interconexión. Todo tienes que pensarlo como una totalidad porque, repito, el mundo se acaba en el espacio que nos circunda. Aquí hay mucho qué hacer. En el concejo municipal de planeación le hemos propuesto a la actual alcaldía que vincule dineros y esfuerzos para elaborar el modelo político y administrativo al que este territorio pueda aspirar.

Hay propuestas de constituir las islas en provincia de las que se estuvo hablando por iniciativa de Alvaro Archbold como secretario del interior. Creo que en el continente también se está hablando del tema de las provincias. Pero a lo que aspiramos, y eso propuse en el concejo municipal de planeación, es a que se elabore localmente el tema. Que la figura más conveniente surja desde aquí. No tenemos por qué tomar ninguna de las otras propuestas. Es mejor que la propuesta surja y se lleve al Congreso como iniciativa emanada de este territorio. Hay que armarla aquí con la gente que hay acá. Y traer a quien no tengamos acá para apoyar ese proceso. Costará tiempo y plata, pero hay que armar un modelo para este territorio, porque el que tenemos es absurdo, es un híbrido, es demoledor, es destructor. No está trayendo sino el caos que estamos viviendo.

Entonces, la insularidad es clave. Si uno parte de la insularidad va cambiando todo lo demás: la normatividad, los términos de referencia, todo va cambiando. Hay que entender que esa insularidad marca una especificidad muy grande.

En estos días me pidieron en una entrevista que dijera con una palabra cómo asociaba cada término que el entrevistador decía. Por ejemplo, Coralina, y uno decía en una o dos palabras lo que le significaba. Cuando me dijeron: isleños, yo respondí: endémico. Fue lo que me salió, porque honestamente he llegado a la conclusión que lo más característico de un lugar como éste son los endemismos. Lo he visto. Tanto en lo humano como en el medio natural, en animales y plantas, hay muchísimo endemismo. Lo que se da en un ecosistema de este tamaño, tan frágil, tan pequeño, va produciendo características únicas.

La boa llegó aquí en algún barco y ya tiene su endemismo: un color rosado por debajo que no tiene la boa continental. Vas viendo los reptiles y ¡qué montón de endemismos!

Y si uno empieza a observar a los isleños providencianos –sus conductas, sus comportamientos, su cosmovisión– descubre unos endemismos, que no son comparables ni siquiera con los de los sanandresanos. Aquí estuvieron algunos isleños hace dos días haciéndome una lista de las diferencias entre los sanandresanos y ellos. Decían: somos providencianos, empezando por los apellidos, luego por la forma como ellos han llevado sus cosas allá y como se han llevado acá, como se ven ellos mismos. Si viviendo tan cerca ya se ven diferentes, ahora imaginense si se compara la insularidad con la continentalidad, ¿cómo no va ser mucho mayor esa diferencia?

Y no hay conciencia todavía sobre eso. Por lo pronto, acá sólo hemos logrado establecer ese principio en los diferentes planes que hemos elaborado. En los planes de ordenamiento, desarrollo y turismo, la insularidad aparece ya como un principio. Por lo menos hemos ganado localmente esa batalla y somos ya conscientes de que eso es muy importante para nosotros. Este es ya un referente decisivo para mirarnos y para mirar al frente.

Pero de allá para acá no nos ven así todavía. El continente, sus entidades gubernamentales y no gubernamentales no han podido entender la insularidad. Y tampoco Europa. La Unión Europea apenas está intentando entender el problema de sus islas, y sobre eso ha habido congresos y existe un gran interés. Se está trabajando mucho el tema de la insularidad en Europa. Y termino aquí este paréntesis que introduce para explicar la dificultad de concretar la formulación y ejecución de estos proyectos.

Cuando he intentado llegar a los donantes, a nivel nacional, encuentro esa dificultad. La insularidad les resulta un concepto muy extraño. En consecuencia, todas las medidas se toman en la perspectiva de allá y luego concretarlas es un enorme desgaste. Creo que mis canas se deben a eso más que a ninguna otra cosa: al esfuerzo por tratar de ajustar un mundo tan distinto como éste a las exigencias de los donantes.

Una dura lucha por recursos

Parece increíble que, con tan pocos recursos, una ONG como Arboles y Arrecifes haya podido realizar todo lo que les he contado, siga viva, esté generando proyectos y esté activa, junto con Ecoastur, que es una corporación, y con SWALO, que está a punto de concretar su proyecto.

Pero la búsqueda de recursos ha implicado una lucha muy dura. Nacimos sobre un aporte de capital fundacional de veinte mil pesos correspondientes a cinco mil pesos donados por cada uno de los cuatro miembros fundadores. Al año y medio de fundados, la empresa Lloreda Grasas nos donó cinco millones, y con ese dinero compramos el primer computador y las primeras cosas. Después, hace como unos siete años, la Corporación Financiera del Valle nos donó diez millones, con lo que pudimos ayudarnos al funcionamiento. Así mismo, el señor Alberto Espinosa nos donó un computador, nueve millones de pesos y nos ha manifestado su interés en seguir apoyándonos. Creo que no hemos tenido más aportes significativos a parte de las donaciones ofrecidas por los miembros activos por la fundación quienes han donado dinero y trabajo.

En un momento de recesión como el que estamos viviendo es muy difícil captar recursos de parte de empresas o de particulares porque no hay liquidez. A ONG como ésta solo les queda, para poder subsistir, la venta de servicios y la contratación de proyectos. Pero, a su vez, cada vez se hace más difícil vender servicios en un territorio tan pequeño como éste, donde no hay a quién vendérselos porque la alcaldía está quebrada y Coralina, en este aspecto, solo nos ha tendido la mano una vez. No nos han quedado sino los proyectos, y llevamos ya un año tratando de formalizar la continuidad de un programa exitoso que está en marcha, y no ha sido posible.

Pienso que eso puede verse de dos maneras. Por un lado, esta situación es linda, porque los miembros hemos tenido que poner mucho de nosotros para que esto funcione. Entonces la gente se compromete. Eso lleva a otros niveles de conciencia. Pero, por otra parte, es muy duro y desgasta las energías del grupo. Cuando en las ONG abundan demasiado los recursos, van perdiendo

el sentido de su misión, y se aprovechan de la situación bien sea laboralmente o como se lo quiera interpretar. Muchas de ellas se ahogan por exceso de recursos. Pero la ausencia casi absoluta de recursos, como en nuestra situación actual, es una debilidad institucional que puede llevar a la muerte de la entidad. Y eso tampoco está bien. Hay que alcanzar un equilibrio.

Cuando me dieron la dirección de Arboles y Arrecifes, de inmediato pensé: si a este territorio están vinculadas personas del continente con poder económico y con un alto posicionamiento social y político en el país, con que cada uno done un millón o dos (yo alcancé a contabilizar hace unos cinco años cuarenta y cuatro residentes temporales con casa en Providencia), ya tenemos de cuarenta a ochenta millones. Ese sería el capital institucional de esta organización para poder formular los proyectos, gestionar los recursos, sostener oficinas y generar acciones. A todos ellos les escribimos cartas. La respuesta fue muy pobre. El único apoyo lo recibimos de Alberto Espinosa, a quien no le habíamos escrito. Un día vino aquí, preguntó qué era esto, se interesó, y nos ha dado importante apoyos. Pero el resto nada. Actualmente, estamos a la espera de algunas posibles contribuciones ofrecidas.

Tengo dificultad para entenderlos. Si desean conservar lo que les hizo enamorarse de este lugar y los indujo a hacer una inversión del tamaño de una casa, si cada vez que vienen de vacación encuentran que la isla se conserva y que todavía hay verde y hay vida y hay calidad de vida, deberían entender que eso no ha sido gratuito. Eso ha representado trabajo, desgaste y un esfuerzo muy grande de gente que aquí no ha parado de trabajar. Pero no lo ven. Ahora mismo este tema me genera más bien tristeza.

Sin embargo, y paradójicamente, el grado de libertad que hemos manejado en esta pobreza tan absoluta ha sido bellísimo. Esa es tal vez la parte bonita de esta pobreza. No nos sentimos en deuda ni comprometidos a defender otros intereses que no sean los propios de nuestra misión institucional y nuestros propios objetivos específicos.

Por otra parte, la organización ha logrado sus traerse también del juego de intereses políticos.

Ese puede ser su mayor logro. Hasta ahora no le debe un solo favor político a nadie. Los favores políticos no los paga uno en esta vida ni en la otra, si es que hay más. Nunca se pagan. Entonces hemos evitado al máximo tener ese tipo de nexo o de vinculación, siendo precisamente conscientes de que después nos amarraban.

Hemos tenido resistencias y oposición. Y eso es absolutamente inevitable. Las hemos tenido y muy

fuertes; en ocasiones, hemos tenido incluso persecuciones. Porque es imposible que todo lo que hemos hecho no haya tocado intereses. Por ejemplo, Aída Luz y yo fuimos expulsados cuando yo estaba de director de la fundación. Era en parte un intento de cortar la cabeza pensando que con eso mataban el proceso. Y, efectivamente, vinieron tiempos muy duros. Pero ahí estamos. Sin embargo, de todo eso hemos salido más bien fortalecidos.